



www.loqueleo.com

© 2002, Leonor Bravo Velásquez

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-680-4

Derechos de autor: 014079

Depósito legal: 001588

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2002

Primera edición en Loquele Ecuador: Enero 2017

Vigésima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Eduardo Cornejo

Diagramación: Lucía Verónica Estrella

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Cuentos de medianoche

Leonor Bravo Velásquez



loqueleo



*A Elita, mi mamá,
que me contó
los más bellos cuentos de hadas
y me enseñó a amar el arte.*

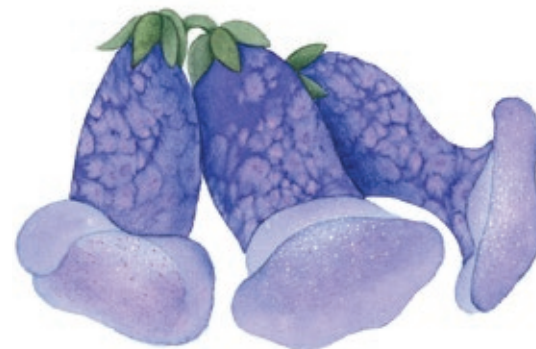
Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Un duende con sueño	11
¿Quieren salir esta noche?	27
Esta noche, la fiesta es en tu casa	57
¿Será la fiebre?	75
Biografía	107
Cuaderno de actividades	109



Un duende con sueño



Son las once de la noche y afuera todo está en silencio. En medio del patio veo la silueta de mi perra, Yuma, que brilla en la oscuridad. Con su cabeza levantada hacia el cielo, ladra a la luna que está redonda como un queso fresco.

11

Es ya muy tarde y debería dormir, pero estoy indecisa: ¿Me acuesto y leo *Vampiros de los volcanes*, o me pongo a escribir? Me decido por lo segundo, porque tengo la idea de un cuento y no quiero que se me escape.

Prendo la computadora, que tarda demasiado en encenderse.

De repente, empieza a moverse de una forma extraña. Me preocupo mucho porque es algo que nunca ha sucedido: parecería que va a explotar. La pantalla se enciende, se apaga y empieza a cambiar de colores a toda velocidad.

12 —Ahora sí se quemó —digo, muy asustada, hablando sola—. ¿Qué hago sin la computadora? ¡Puedo perder todo mi trabajo!

Del aparato empiezan a saltar chispas y, en la pantalla, los colores giran como si estuvieran en una licuadora. Sé que debo desconectarla, pero no me atrevo a acercarme, porque temo que estalle en cualquier momento.

De pronto, salta una chispa enorme, cruza todo el cuarto y cae entre unos papeles. Yo estoy paralizada del miedo. Del sitio en donde cayó, sale mucho humo. La luz del cuarto se oscurece y se vuelve violeta. El



humo se desvanece y, en medio de la habitación, está un niño. Es moreno, delgado y tiene un traje de muchos colores. Su cabeza, un poco grande para su tamaño, está llena de rizos de color azul oscuro.

—¡Hola! —dice bostezando—. Me quedé dormido. ¿Por qué se te ocurre escribir tan tarde? Ya es casi medianoche.

Tiene los ojos medio cerrados por el sueño.

—¿Quién eres tú? —le pregunto un poco atemorizada.

—Me llamo Oscarillo —responde despe-
rezándose; luego, ya despierto del todo,
empieza a dar saltos de un lado a otro—.
Soy un duende de los cuentos infantiles.

14 Se acerca a la biblioteca, saca varios li-
bros, los mira un momento y luego los lanza
al aire por cualquier lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin acer-
carme, por temor a que me caiga un libro en
la cabeza.

—Tienes lindos libros. A mí me gustan
mucho los libros y más si tienen dibujos
—dice mientras mira al libro boca arriba—.
Vengo a acompañarte como siempre.

—¿Cómo siempre? ¿Qué quieres decir
con eso?

—Que siempre estoy a tu lado mientras
escribes. Yo vivo en esa caja llena de luce-
citas. Ahora pude salir porque la prendiste
de otra forma. Antes, cuando escribían con

tinta, vivíamos en los tinteros y en los fras-
cos de pintura.

Da volteretas en el aire y suenan casca-
beles cada vez que se mueve. Coge unos pa-
peles de colores, los rompe en pedacitos, los
lanza y caen como lluvia de estrellas sobre
mi cabeza.

Empiezo a tranquilizarme, es simpático
este... ¿duende?

—Oye, ¿tú eres un duende?

*Un duende travieso,
que te aligera el seso,*

